La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

La quinta de Bota Fogo

La ensenada que se extiende entre el Pan de Azúcar y la Gloria, lleva en el Janeiro el nombre de Bota Fogo; y además de ser el centro de la Sociedad escogida, tanto nacional como extranjera, es también uno de los lugares más pintorescos y más adornados con las maravillosas bellezas de la fértil naturaleza de la tierra de Santa Cruz.
La quinta, donde principian las escenas de nuestro romance, estaba situada en una pequeña colina que a pesar de su corta elevación dominaba con todo un hermoso paisaje.
Vestida de la robusta y verdosa vegetación tropical, la blanca y abastada casa que se sentaba en su cima, parecía a lo lejos una gruesa perla engastada en millares de esmeraldas; desde las ventanas que daban al Oriente, se veía la vasta y rica Villa Imperial, derramando sus gigantes edificios, en sus numerosas calles, en las faldas de sus montes, y elevando las torres de sus iglesias sobre los colorados techos de teja; de una ojeada se abarcaba la inmensa bahía, con su eterna cadena de montañas, sus verdes islas, sus infinitas ensenadas. La cordillera de los Órganos extendía a lo lejos su negra cortina por el poniente, y cuasi sobre la casa parecía curvarse la colosal cabeza del Cor-covado.
Esa casa de que hablamos, silenciosa v cerrada, ocultándose entre las inmensas coronas del follaje de sus plátanos, de sus coqueros y jazmines tropicales, es una de esas habitaciones, que divisadas por el viajero a lo lejos en un día de penosa excursión, le hacen suspirar por ese albergue desconocido, que allí en medio del silencio y del calor de algunos grados, le hacen desear el descanso del cuerpo y la paz del espíritu, que parece simbolizar.
Y con todo, allí, aun en medio de aquel sosiego de la naturaleza, la lucha de las pasiones, aborta sus dramas, desconocidos del mundo, dramas cuyo desenlace son un balazo en la cabeza a que una familia previsora llama -*accidente fatal*- un veneno que dan o que se toma, y que pasa por una apoplejía fulminante, una congestión cerebral, nombres técnicos no le faltan a la facultad... así se hace y el secreto de la verdad lo sabe Dios y aquellos que lloran un amor perdido; o prueban el acíbar de un remordimiento que emponzoña el resto de sus días.
Aunque imperfecto, creemos haber dado al lector un leve bosquejo de la casa a que ahora lo vamos a conducir.
Lleguemos al pie de la colina, hay una portada de hierro, abramos, étenos ya en la vereda de piedra que va en forma de caracol conducirnos al terrado, llegamos. Penetremos en la primera sala: es una elegante pieza cuadrada con grandes ventanas a la inglesa que dan sobre el frente y costado de la casa, ese cuarto está adornado con lindos y lujosos muebles, la mayor parte de jacarandá; un hermoso piano de Erard, ricos vasos de loza del Japón, llenos de olorosas flores, todo en fin, anuncia que los dueños de aquella habitación son gentes colocadas en los primeros escalones de las jerarquías sociales.
Y con efecto el comendador Gabriel das Neves era el dueño y habitante de la hermosa y pintoresca quinta de Botafogo.
Dos personas estaban en ese momento en la sala. El comendador y su mujer.
El primero sería un hombre de sus cuarenta años, bajito, delgadito, y de esos seres de fisonomías infantiles, que llevan hasta la vejez los trazos de la niñez y que nunca parecen viejos. Esa figurita elegante, perfumada de ámbar, y que era siempre uno de los más

asiduos bailarines de todas las sociedades, es el comendador en cuestión.
Frívolo y ligero, le son desconocidas las afecciones profundas, nunca supo lo que era una voluntad propia; tomo siempre *el placer*, por el amor, y fuera de sus grandes ojos negros, de sus sedosos bigotitos y de sus bellos cabellos castaños, poco le importaba el resto. Se había casado con su prima Carolina, porque su madre así se lo ordenara, y él había obedecido, reservándose el derecho de seducir a las mucamas de su mujer y a todas las jóvenes de su hacienda, que encontraba en su camino; de estos inocentes pasatiempos resultaban siempre ya una infeliz mulatilla, muerta a azotes por el látigo de los capataces, ya una negrita vendida Minas o el Pará, etc., etc.
La mujer del comendador era una señora casi de la misma edad que su marido: pero de facciones y expresión muy diferentes.
Doña Carolina, era morena, sus cabellos eran negros, sus ojos también lo eran, coronados de largas pestañas y de bien pobladas cejas; mandaba con una mirada y su palabra era rápida, así como su voz ronca y voluminosa. Era baja y delgada como su marido, pero antes que afeminación, bastaba verla una vez para comprender la fuerza de su voluntad y el fuego de las pasiones que dormitaban en el fondo de su alma ardiente e impetuosa.
En el momento que introducimos al lector al salón de nuestros dos personajes, el comendador acababa de llegar de la ciudad y enseñaba a su mujer diferentes alhajas que le traía, después que agotaron los elogios a las joyas y otros asuntos de ligero interés el comendador añadió:
- ¡Ah! También estuve en casa de madre; válgame Dios qué gorda está aquella buena señora, hoy estaba muy ocupada.
- Sí, (respondió doña Carolina sin interrumpir el crochet que estaba tejiendo), y ¿qué hacía?
- Acababan de zurrar a Damiana, ya sabes la vendedora de caramelos, y estaban dando palmetazos a Antonia Mina porque no dio buenas cuentas de los bizcochos.
- ¡Qué canalla de negras; no se puede una averiguar con ellas! ¡Pobre mi suegra, qué lidia tiene con sus vendedoras!
- Pero hija, también es mucha ocurrencia de madre estar quebrándose la cabeza con las esclavas, pudiendo emplear ese dinero en fincas que no le darían trabajo alguno.
- Vaya, déjate de eso: se les da duro a las negras y con el dinero de los dulces se van comprando casas.
- Así será, ¡pero sabes tú que madre tiene unas ideas singulares!
- ¿Sobre qué?
- ¿No lo adivinarás! Hoy me ha echado un largo sermón.
- Pues no faltaba más, qué no estoy yo aquí para eso. ¿Voy yo a su casa por ventura a meterme en sus negocios?
- De cierto que ha hecho muy mal, pero ¿qué se le ha de decir?... Está enojada porque llevamos las muchachas al baile de los extranjeros y al catate, dice que de repente se van a enamorar de algún estudiante, que tal vez no tenga fortuna, y que después nos ha de pesar.
- La culpa es tuya, ¿por qué llevas a las muchachas?
- Esa es fresca, porque teniendo hijas mozas no las he de tener encerradas, como hacen esos bestias de los portugueses.
- Pues como madre tiene razón, tratemos de casarlas, principalmente a Gabriela que ya ha cumplido los 15 años.
- Es lo que dice madre, pero sabes ¿de quién se acordó ella?
- ¿Quieres que adivine?

-Voy a decírtelo. El novio que quiere dar a Gabriela es nada menos que Juan, mi hermano.
Aquí doña Carolina dio una fuerte carcajada y después de agotar su hilaridad que acompañaba su marido, al compás de los amacones de su sillón de brazos, dijo ella:
-Tiene razón tu madre; tú y tu hermano sois los únicos herederos, casándose Gabriela con él, todo será nuestro desde ahora, porque tú administrarás los bienes de tu yerno.
- Sí, de cierto porque su demencia es incurable.
- Pues no, y que en un caso de éstos la dote de la novia corresponde al novio.
- Ya lo creo, (dijo el Comendador con cierta risita) ¡loco y cincuentón!
- ¡Qué fortuna para nuestra hija! - exclamó la madre.

(Continuará)

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Capítulo II
El novio

Ese loco cincuentón de que hablaban el comendador y su mujer, considerando su alianza como una felicidad para su hija, era, como ya lo sabemos, hermano del comendador.
Don Juan das Neves era el primogénito de la familia. Muy joven aún lo enviaron a la universidad de Coimbra, y cuando concluyó sus estudios fue presentado a la Sociedad de Lisboa; después viajó por Europa.
Recorrió la España, la Bélgica, la Francia, la Holanda, la Alemania y por fin la Inglaterra.

Él había deseado fijar su residencia por algún tiempo en este último punto, con intención de estudiar el idioma y dedicarse al conocimiento de la agricultura y de las diferentes máquinas empleadas en aquel tiempo en la labranza de la tierra.
Como representante de una de las familias más ricas del Brasil, tenía también el encargo de su familia de establecer correspondencias para la mejor importación de los azúcares y café tales de los diferentes ingenios y plantaciones que poseían.
Don Juan frecuentaba diversas casas, y como era rico, joven, y buen mozo, por todas partes era bien recibido.
Por eso no tardó en contraer amistades íntimas y por fin concluyó por apasionarse de una de las jóvenes con quienes se hallaba más a menudo en sociedad.
¡Amó y fue amado! Ese sentimiento puro y virtuoso de un amor honesto, llenó de encantos la vida de aquel mozo, que era por carácter, de un natural melancólico; que se había criado fuera del hogar paterno, y que pasara los mejores días de su vida concentrado en sí mismo.
Cuando hubo un ser que reflejó sus pensamientos, sus alegrías y sus dolores arcanos vio abierto un cielo de delicias para él. Esas dos almas jóvenes, vírgenes de pasiones impuras, se unieron tan estrechamente, que se confundieron en una sola.
Las miradas de ambos, no iban más allá del horizonte límpido y tranquilo de su mutua ternura.
En esa dulce quietud los sorprendió una carta de la madre de don Juan, que le ordenaba volver inmediatamente al Río de Janeiro: su padre había muerto, y él debía ir a ponerse al frente de los negocios de la casa.
Eran dos golpes a la vez; su padre que tenía un carácter blando y humano, era el amigo de la infancia de don Juan; era de la única persona de quien se había separado con pesar cuando dejó sus lares, y era la pérdida irreparable de ese

amigo, la que venía justamente a arrancarlo de la atmósfera de amor y de felicidad en que vivía, para hundirlo en los horrores del materialismo, y del repugnante manejo de centenares de esclavos.
Uno de los dolores más acervos que puede herir el corazón de la criatura, ¡es la separación de los que ama! ¡Romper las dulces habitudes de una existencia tranquila, para interponer en medio de los dos mares inmensos, gentes y pueblos extrañas!
El tiempo sigue imperturbable su curso, los días, las horas, los meses, los años se suceden; entretanto esos rostros amigos que nos rodeaban, están velados por el denso crespón de la ausencia, esa voz querida que también sabía el camino de nuestro corazón, se perdió en el espacio, como la nota errante de una melodía lejana... ¡esas existencias se dividieron, se perdieron en el desierto de la muchedumbre indiferente, sin más consuelo que las pálidas memorias de un pasado que nada puede hacer revivir!... ¡Esos ojos, que vagan distraídos fatigados, ya no trocarán largas miradas de amor; esas manos ya no se estrecharán como el lenguaje elocuente y sincero del corazón! ¡Esos pobres huérfanos corazones, ya no latirán uno a la par del otro!...
Es preciso decirse adiós!, cuántos dolores nos cuesta a veces un poco de oro, o una sombra vana y fugaz que llamamos gloria!
Don Juan quiso casarse con Emilia (era el nombre de su querida) pero el padre de Emilia, era un virtuoso y excelente párroco protestante.
Habló a los jóvenes el lenguaje simple y augusto del deber, recordó a don Juan que debía obediencia a su madre y que antes de disponer de sí debería consultarla; porque si ella consentía era para ellos todos una doble satisfacción; y si por el contrario lo reprobaba, era evitarse un disgusto y una desgracia, cual era la de enemistar una madre con su hijo.
El doctor Smith ejercía sobre su familia la santa e imponderable autoridad del cariño y de la dulzura, y como no hablaba otro lenguaje que el de la razón y el deber, no violentaba la naturaleza. Por eso en sus horas de desconsuelo repetía a los amantes: “Dejad el futuro porque está en las manos de Dios; la convicción de llenar ahora vuestro deber es la mitad del premio a vuestra obediencia y resignación. Más tarde si la suerte os fuera adversa, habréis ya aprendido a vencer vuestras pasiones, y cualquier sacrificio sería menos doloroso, porque vencisteis el primer escollo y supisteis arrancar la primera espina.
Los preparativos del viaje se hacían, y el buen doctor Smith con su conversación piadosa e instructiva, preparaba el corazón de los dos jóvenes a sobrellevar el dolor de la separación.
Con todo, ese día llegó… don Juan y Emilia trocaron sus biblias; eran sobre las que ellos oraban y meditaban con frecuencia, particularmente Emilia, acostumbrada a esa lectura desde su adolescencia; su libro estaba lleno de notas, de recuerdos de su vida, y esas notas, esos recuerdos eran el terso cristal donde se reflejaba toda su vida pasada: esos años transcurridos en la alegre y limpia casa del presbiterio, ayudando su buena madre en los quehaceres domésticos, repartiendo su tiempo entre el estudio, el trabajo corporal, entre los pobres y la sociedad de su padre.
En fin, el momento solemne llegó… don Juan penetró por última vez en aquella casa cuya fisonomía serena, anunciaba los hábitos tranquilos de sus moradores.
Esa noche se tomó el té en silencio, era una noche de invierno, bastante oscura, y el viento soplaba con violencia; la leña que ardía en la chimenea crujía y lanzaba sus chispas brillantes que caían

de nuevo entre las cenizas del hogar… ¡Había esa gravedad silenciosa que indica la presencia del dolor moderado por la educación, y enfrenado por la religión!
¡No sentir! ¿Y quién puede no sentir si este corazón es de carne y no de acero, y son las lágrimas su lenitivo natural? ¡No llorar! ¿Por qué? ¿Será un delito? ¡Oh! ¡No, es el tributo de la frágil naturaleza humana!
Cuando el reloj de la chimenea marcó las diez, don Juan se puso de pie y la familia del presbítero lo rodeó en silencio ¡un abrazo estrecho y un llorar que murmuraba entre cortados adioses fue la despedida! A la mañana siguiente don Juan daba a la vela para Río de Janeiro.
La familia del doctor Smith suspiraba al ver la silla que dejara vacía su joven amigo; Emilia enjugaba una lágrima con la punta de su delantal, pero el dolor no dominaba su vida, porque tenía una fe ciega en la Providencia
Después de eso, sus quehaceres, sus estudios, y la práctica constante de los preceptos del divino Maestro, combatían el dolor de su joven corazón.
¿Y don Juan? Perdido en la inmensidad de los mares, leía el libro predilecto de su querida Emilia, o meditaba en silencio; curvándose a la omnipotencia del Creador que tantas maravillas ha esparcido en el universo.
Después de cerca de dos meses de navegación, un día gritaron: Tierra y D. Juan volvió a ver esas agrestes montañas cuya vista selvática y grandiosa, produce extraña sensación en el viajero que:

No sabe si detrás
De aquella negra cortina,
Hay una ciudad divina,
O un desierto sin verdor.

Don Juan vio con amor esa tierra suya, el aire patrio reanimó un poco de su tristeza…
¡Es tan dulce, ese nombre -Patria! y llegar frente a aquella tierra que no es más la del extranjero! ¡allí donde a cada paso surge un recuerdo! ¡ Donde a cada paso nos parece ver nuestra sombra de la niñez!
Pasado el primer transporte, nuestro viajero recor¬dó los otros tristes cuadros de la esclavitud que había presenciado en su infancia, y se prometió que hoy, como primogénito era llamado al manejo de los intereses, grandes ventajas y reformas podía introducir en los ingenios, contaba aliviar la suerte de sus esclavos, y luego decía, si no me dejan hacer lo que pienso, y si mi madre me niega su consentimiento para mi enlace con Emilia, esperaré a mi mayor edad, ya tengo veinticuatro, esperaré un año más, a esa época me entregarán mi legítima paterna y podré ir donde quiera.
Don Juan desembarcó, su familia estaba en Macacú, en el Ingenio de la estrella del Sur, al momento se trasladó al ingenio y fue recibido por todos con la novedad del recién venido: había salido un niño y volvía un hombre.
Esos primeros momentos de la efusión transcurridos, don Juan se encontró aislado en medio de los suyos.
Desde el día siguiente a su arribo, ese canto lúgubre y monótono de los negros, que al despuntar el día ya salen al campo a trabajar, le recordó que esos hombres, esas mujeres, esos niños eran esclavos, que iban a regar la tierra con su sudor, en cuanto que Dios los había hecho libres como a él y un abuso cruel y feroz, atropellara esa libertad, engrillándolos a la más bárbara esclavitud.
Nada tan opuesto en fisonomía y costumbres como la modesta y pobre casa del doctor Smith, y el lujoso ingenio de Macacú.

Allá la práctica simple de la virtud, de la caridad, del amor a sus semejantes.

Aquí, la ausencia absoluta de la caridad, incompatible con la esclavitud, la ausencia de la virtud que no transige con la inmoralidad de instituciones viciosas. La crueldad y la opresión en vez del amor a sus semejantes.
Don Juan aventuró algunas observaciones, fue un escándalo para la familia.
Habló de humanidad, le respondieron que los negros eran animales.
En pocos días su desacuerdo con la familia era completo.
Entonces habló con franqueza a su madre, y le dijo que no tomaría el manejo de los ingenios, sino dejándolo libre de introducir las mejoras que consideraba necesarias.
Le mandaron callar, y para arrancarle sus convicciones, los castigos fueron más frecuentes.
Don Juan pidió permiso para viajar de nuevo. Su madre se lo negó. Entonces le reveló él sus amores, su compromiso, y pidió su consentimiento; ofreció establecerse en Londres, poner una casa de consignaciones, y entablar correspondencias con los tíos, hombres todos del comercio y señores de ingenio.
Cuando doña María das Neves, oyó la historia de los amores de su hijo con una hereje, hija de un cura casado, fue tal su ira que se abalanzó con chicote al mancebo y le dio repetidas veces. Don Juan hablaba razón, y ella daba golpes, entonces el mozo exasperado, juró que al cumplir su mayor edad, pediría lo que era suyo y huiría de su familia de su país para siempre A esa amenaza dicha delante del administrador, de su hijo menor Gabriel, y de las dos hileras de mucamas que cosían en la baranda, doña María llamó al feitor (capataz) y mandó a agarrar su hijo. La tempestad había llegado a su mayor vehemencia.
El mozo resistió como un león, seis esclavos vinieron a ayudar los capataces. Entonces no hubo hijo para madre, sino un hombre enfurecido: apartemos los ojos, y tapemos los oídos... El joven quedó vencido... fue amarrado de pies y manos... entonces, Doña María das Neves, mandó azotar su hijo, con el mismo látigo que se castigaban los esclavos.
Don Juan fue amarrado al tronco del castigo; y sólo cuando sus carnes volaron en pedazos, cuando la sangre corrió de sus anchas heridas, cuando el azotado era un cuerpo inerte, que la fuerza del dolor mismo anonadara, y cuando los esclavos todos de rodillas, hubieron implorado piedad para su joven amo, el castigo cesó, el mártir fue envuelto en paños de vinagre y llevado a la enfermería.
Cuando volvió en sí D. Juan das Neves el estudiante de Coimbra, el prometido de Emilia, el humanitario reformador, había perdido el juicio y una carcajada convulsa mezclada de llanto era todo cuanto decía su dolor!
Al principio se creyó que serían crisis nerviosas, después se llamó un facultativo, se agotaron las experiencias de todo género, se le condujo a la corte, todo fue inútil!
Estaba loco.
Hasta los treinta y seis años de su vida, tuvo épocas de locura furiosa; al declinar la juventud, su locura se había vuelto tranquila.
Estaba siempre callado y sólo abría sus labios para dar la carcajada de costumbre.
El dolor y la locura habían desencajado sus facciones, raros cabellos canos había en su cabeza, y parecía veinte años más viejo, que no lo era realmente.
Declarado incurable su madre ejercía el cargo de tutora, y el pobre loco vivía relegado siempre en el ingenio de Macacú, teatro funesto del crimen espantoso que lo arrebatara del mundo de la inteligencia, causándole una muerte, la más cruel, la de la razón.

Y es éste el hermano del Comendador Gabriel das Neves. El hijo primogénito

de doña María das Neves, el mismo que una abuela previsora destinaba para marido de su nieta que acababa de cumplir dieciséis años.

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Todavía el capítulo antecedente

Hemos hecho conocer a nuestros lectores y lectoras, quién era el novio destinado de la joven Gabriela con quien más tarde haremos conocimiento; pero sobre don Juan das Neves tenemos aún que decir. Al romance de su vida falta un apéndice.

Entre las mucamas de doña María das Neves, había en el ingenio de Macacú una joven mulata, llamada Camila. Era una hermosa mujer de su raza, altiva, resignada, pero no sometida a la esclavitud; desde pequeña se había distinguido por su inteligencia, sobriedad, aseo y estricta observación de sus deberes. Ella no habría podido sobrevivir a un castigo, tal era su orgullo y la dignidad de sí misma, que sobrevivía en todas sus acciones. Con tales cualidades, era ella el alma del gobierno del ingenio, ella quien tenía las llaves de los almacenes, quien distribuía las raciones, las ropas, quien cuidaba de la enfermería, quien vigilaba los trabajos del administrador, y en fin era toda la confianza de su ama, que aprovechando esas bellas disposiciones, la había hecho enseñar a leer, escribir y aritmética. Camila era contemporánea de don Juan, desde pequeños, ella le tenía una afección entrañable, por eso tal vez no se le conocía inclinación a nadie, había sido siempre huraña con los hombres de su color y los blancos.

A la llegada de don Juan de Inglaterra, Camila había sentido los primeros síntomas de una pasión desarrollarse en su corazón. Como era ilustrada en comparación a las otras y había leído varias novelas, su imaginación se exaltó completamente; sin embargo, ningún indicio exterior pudo traicionar nunca sus sentimientos. Esa tarde fatal de la escena horrible del castigo de don Juan, Camila creyó por momentos perder el juicio, o morir de dolor… empero educada en la escuela del sufrimiento de la esclavitud, devoró sus lágrimas, no dio gemido alguno que traicionase la angustia mortal que le destrozaba el corazón.

Después que don Juan fue declarado incurable y relegado en el ingenio, a solas con su desgracia, empezó una vida nueva para Camila. Su señora que no podía ni sospechar lo que pasaba en el alma de su esclava, le mandó recomendar la asistencia de su joven amo; y la infeliz enamorada, pudo entonces consagrar todas las horas de su vida a ese que ¡tanto amaba!

Hay en el amor verdadero de una mujer tantas fases, toma ese amor tantas formas, que el hombre que haya llegado en su vida a ser amado así, puede decir que las puertas del cielo se han abierto para él, porque la mujer amante es el ángel bueno del hombre, y con todo, la mayor parte de los hombres desdeñan por una de esas anomalías tan frecuentes a la humanidad, el alma pura y amante de la mujer que los ama, para correr en pos del coquetismo brillante que los fascina, los abate, y ante el cual doblan ciegos la rodilla!

No sucedía eso con don Juan y Camila. Él había muerto como alma, como inteligencia; ella podía desplegar sin recelo todo el vigor de su cariño, todo el lujo de su adhesión profunda que le inspiraba su desventurado amo.

Lo que produjo ese desvelo sin tregua, ese cariño inmenso que trazaba en torno del triste demente, un círculo no interrumpido de tiernos cuidados, ocasionó que el loco se habituase a las finezas de su enfermera que la seguía sin cesar, que abandonado del resto del

mundo, sin recuerdo de lo pasado, sin conciencia de lo presente, un día su sangre joven se agitó en sus venas y Camila fue madre.
Dos hijos fueron el fruto de esa unión incomprensible de la esclava apasionada, y del insensato que era el objeto.
Cuando doña María das Neves supo estas ocurrencias, se encogió de hombros y dijo:
-¡Para eso no es loco!- y de ella:
-¡La hipócrita de la mulata! ¡Quién se fía en la virtud de *la canalla!*
Los hijos de Camila se llamaron: el primero, que era un varón, Mauricio.
La mujer que era la menor, Emilia.
Emilia, porque ese nombre pronunciaba a veces el loco involuntariamente, y porque ella, Camila, sabía que ese era el nombre de la joven a quien su amo amara en Inglaterra.
Esos niños habían sido bautizados como esclavos; doña María das Neves reservaba su generosidad para el día que en artículo de muerte hiciese su testamento.
Mauricio y Emilia vinieron a la corte a educarse en un colegio.
Usábase con ellos grande reserva y ambos ignoraban el origen de su nacimiento.
La inteligencia no vulgar de Mauricio llamó al momento la atención de sus profesores, dona María indagó de él los estudios que deseaba seguir, al principio quiso que se ordenase, porque ella necesitaba de un capellán en el ingenio, cuando allá iba alguna vez, que después del martirio de su hijo nunca más había ido a Macacú, después recordó que el capellán era por tres meses solamente, mientras que el médico le corría por año: en fin después de calcular los pro y los contra, se decidió por la medicina, y acordándose que para matricularlo en los estudios tendría que declarar si era libre o esclavo, lo envió a estudiar a Francia.
Allí se formó Mauricio, que ignorante de su destino, volvió al Brasil, trocando su situación de hombre libre por la de esclavo, sin saberlo.
Al volver a Macacú, no le fue ya difícil comprender, los arcanos del lúgubre drama que presidiera a su existencia… con todo se resignó y trató de hacerse útil y querido.
Emilia también había vuelto al ingenio mucho antes que su hermano.
Ambos vestían bien, se les trataba con cierto esmero, pero por lo que respecta a ninguna señal de amistad de parte de la abuela, o de alguno de sus parientes, eso nunca.
Al acordarse doña María das Neves de proponer a su hijo Gabriel que casase a la joven Gabriela con el loco, bien sabía ella que era tornar a éste más infeliz si era posible, y sacrificar a su nieta: mas, celosa de su poder, y de sus riquezas, ya le parecía que Camila y sus hijos podrían llegar algún día al goce de la fortuna.
Masa de carne, sin corazón y sin otra inteligencia que la del mal, juzgaba la afección de Camila por sus propias mezquinas pasiones, y veía solo cálculo, donde no hubo más que *fatalidad.*
Toda la familia sabía este episodio de la vida del loco, pero esos casos son tan comunes en los países donde hay esclavitud, que ni aún se hace alto en ello.
Con todo, aquella familia de parias vivía tranquila sino feliz.
Don Juan tenía períodos mejores, Camila adoraba sus hijos. Mauricio repartía sus cuidados, entre su desventurado padre y los tristes esclavos; amaba su madre, que era tan buena para él, y adoraba su hermana, con esa afección profunda y piadosa con que queremos a aquellos que sabemos son condenados a una muerte prematura, o votados a una suerte implacable y adversa.
He ahí pues la situación de estos personajes.

En el capítulo siguiente iremos a conocer todos los individuos de la familia del comendador Gabriel das Neves, y esa Gabriela, novia destinada de su tío, loco y cincuentón, y ahora que ya lo sabemos, rodeado de corazones amantes y dedicados al alivio de su desventura.

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Cuadro de interior

La noche del día en que el comendador Gabriel das Neves habló a su mujer del proyectado enlace de su hija con D. Juan el loco, se reunió la familia en el terrado de la casa.
Era una de esas noches claras y serenas como sólo hemos visto en el trópico o en la equinoccial.
La brisa terral venía cargada con las emanaciones del jazmín menudo, de las flores del café y de la manguera. A lo lejos, el rico y lujoso panorama de las montañas aparecía como la sombra de un Titán. El mar era un terso espejo de acero, la luna rielaba en sus ondas dormidas, y millares de estrellas se reflejaban en su seno. Todo era silencio, poesía, amor; fuera del murmullo de las hojas de las palmeras, coqueras y bananales, fuera de alguna errante melodía de flauta, o los lejanos acordes del piano, nada más se oía...
El comendador y su mujer sentados aparte, cada uno en su sillón de brazos, se balanceaban al compás de la conversación.
Hablan de dinero, cálculo, especulación. A esto todo llamaban ellos -el destino de sus hijos.
Más lejos, pero siempre al llamamiento de sus amos, grupos de esclavos hablaban en voz baja.
¡Pobre raza negra, que los blancos han colocado a la par de los animales irracionales, despojándola hasta de los instintos que aquellos poseen…sólo lo entre ellos podían murmurar casi al oído, de sus dolores, de sus martirios, de sus afecciones!...
Inteligencia, conciencia, afecciones, todo está proscripto para ellos…
Cuitadas caras negras, donde es tan raro ver la risa, que el llanto baña tan inútilmente porque el negro no es de carne y hueso, se le puede martirizar hasta verlo expirar, se le puede rasgar el corazón en pedazos sin recelo…mísero esclavo ¿de qué le sirven los nombres de esposo, de padre, de hijo, de amante, de hermano?...
¡El negro ha nacido para vivir engrillado a los pies del blanco! ha nacido para adorarlo de rodillas como a un Dios.
Para renegar de todo cuanto existe de más sagrado para él en la tierra, la libertad, la patria, ¡la familia!!!
¡Y a esos infelices se les trae encadenados, amontonados en buques infectos, y se les bautiza y se les hace cristianos!
¡Y son cristianos los que cometen tal atrocidad, tal sacrilegio!
¡Y la Iglesia ha permanecido indiferente durante tantos siglos…!
Basta…
Lejos del alcance de ser oídos, los tres hijos del Comendador se paseaban también esa noche en el terrado.
Eran éstos: un joven como de 18 años, Gabriela que tenía diez y seis, y la menor Mariquita que sólo tenía catorce y medio.
Pedro, era el varón, se parecía bastante con su padre, aunque más favorecido por la naturaleza en sus proporciones. Era uno de esos caracteres indolentes, inofensivos, de esos hombres incapaces de tomar una resolución por sí, y que se dejan dominar fácilmente por las opiniones ajenas. Tenía aversión profunda al estudio, su mayor gusto

consistía en tenderse en su red, los brazos cruzados, y estar allí largas horas, balanceándose, ir a los bailes, al teatro, a las funciones, reír siempre y no pensar ni sufrir un minuto.
Gabriela era alta, no se parecía a ninguno de su familia, ni en fisonomía, ni en carácter. Era melancólica, concentrada en sí misma, leal y sincera con sus amistades, compasiva con los esclavos que la adoraban, y abrigando debajo de un exterior delicado, un alma de un temple elevado y capaz de sufrir inmensamente.
Era morena pero pálida, sus ojos grandes y negros, estaban coronados de largas, sedosas pestañas, y de cejas negras un poco arqueadas, pero angostas y bien delineadas.
Tenía esa mirada, límpida y serena, que refleja tan bien las sensaciones alegres y penosas del alma, y había alguna cosa también en aquellos ojos que parecía anunciar que estaban condenados a llorar.
Las facciones de Gabriela eran de suma regularidad, pero no tenía esa hermosura lozana, esa alegría de la juventud que da tanto realce y un encanto tan indefinible en la primera juventud. Era un perfil severo el de Gabriela, y todo en ella, como que presagiaba, un destino fatal.
Mariquita, era una linda morenita rosada, de cabellos castaños y ojos pardos, alegre y juguetona, de una charla incansable, y siempre dispuesta a divertirse.
Era un carácter blando, indulgente, pero a la par de esa docilidad, era indolente e irresoluta, era una copia menos exagerada del carácter de su hermano.
Por eso se querían mucho los dos.
Gabriela no, era un alma solitaria, quería a sus padres y sus hermanos, pero como no había homogeneidad en el modo de ser, esa afección era tibia.
Esa noche, se paseaban los tres, Pedro y Mariquita iban del brazo.
Gabriela sola.
Venían de rumbos encontrados y cada vez que se cruzaban, Pedro y Mariquita le decían alguna gracia, alguna chanza sobre su seriedad, a que ella contestaba con una triste sonrisa, con un apretón de manos.
Al fin Pedro se llegó a ella, y saludándola con una gravedad cómica que imitó Mariquita, la dijo:
- Estoy a los pies de Ud. señorita, y tengo el gusto de presentarle mi hermana doña Mariquita.¿Podrá Ud. decirnos en lo que piensa que tan seria está?
- Guarde Dios a Ud. caballero, contestó Gabriela, inclinándose ante sus hermanos; son Uds. dos, unos burlones que se divierten todo el día a mi costa.
- Pero responde a mi pregunta querida hermana.
- ¿En qué pienso? ¿y lo sé yo Pedrito? .... ¿No ves qué noche tan bella? .... qué se yo. ... miro la luna, los montes, los bosques, el mar....; y siento alguna cosa que no puedo explicar.
-Tal vez echas de menos tu caballero, de la última valsa del Casino... ¿eh?.. . (Esta observación fue hecha por Mariquita).
- ¡Oh! hizo Gabriela y se tiñó su frente de rubor.
- Apuesto a que te has puesto colorada como un granate, dijo Pedro riéndose.
-¡Sois muy maliciosos hermanos míos! Vamos Pedro, que aquella muchacha de la otra noche; bailaste con ella dos veces, y paseasteis toda la noche con ella....
- Acusóme padre, es verdad querida Gabriela; pero, observa que en cada baile donde voy hago otro tanto, y siempre es diferente mi elección. Oh! no soy tan bobo que me vaya a enamorar sin licencia de papá y sobre todo de mamá, porque en nuestra familia, el género femenino es el más fuerte.
- Así debería ser siempre; acudió Mariquita: Pedrito tiene razón, por eso, él espera licencia de mamá para amar,

pero Gabriela y yo no necesitamos licencia de nadie; yo a lo menos he de querer a quien muy bien me parezca... y mi señora hermana creo que hará otro tanto.
- Si las afecciones del corazón, no fuesen espontáneas...
- Viva la libertad, y ¡Viva la constitución! exclamó Pedro haciendo una pirueta. -¡Mi hermana Gabriela debería estudiar para abogado!
- Eres un loco, hermano mío! no se puede hablar contigo, estás siempre con humor de chancear.
- Apoyado, señor diputado.
- Mariquita, ¡no te burles!
- Vamos a llorar los tres, dijo Pedro.
- Vamos, añadió Mariquita.
- Bueno, continúen Uds. su paseo y déjenme a mí con mis melancolías.
Esto dicho, Gabriela continuó su paseo y Mariquita volviendo a tomar el brazo de su hermano, la dijo:
- Anda, ingrata llorona; pero no pienses mucho en aquel del último vals del Casino.
Y Pedro corrió tras ella para decirle:
- Por el contrario hermana, piensa cuanto quieras en él. Las afecciones del corazón son espontáneas... y sobre todo eres mujer, que son las que mandan en jefe sobre nosotros hombres débiles criaturas que somos.
Aquí tomó el aire y la voz de una señora, y sus hermanas se echaron a reír de buena gana.
Gabriela continuó su paseo solitario, y sus hermanos siguieron riendo y jugando.
La campana de la capilla real dio las diez y las diez repitieron San Francisco de Paula y las otras campanas de la villa imperial, donde por antigua tradición se toca aun a esa hora *le couvre feu o 0 Aragao* como se llama en portugués.
Después del toque de recoger se cierran las casas de trato y ningún esclavo puede andar en la calle sin un papel de su señor o de su patrón que explique cuál es la urgencia que lo hace andar por las calles a esa hora.
Una esclava vino a anunciar a los jóvenes que el té estaba en la mesa. La familia se dirigió al comedor.
Cada uno se colocó en su puesto acostumbrado, una esclava sirvió el té, y la conversación se hizo general.
Después del té la familia pasó al salón. Mariquita abrió el piano, se cantó, se tocó: Pedro obligó a Gabriela a que bailase un shottiss con é!; después cada uno de ellos cantó. El comendador y su señora, Pedro y Mariquita bailaron una cuadrilla, y por fin a las once y media se tocó a recoger.
-Niñas, dijo Da. Carolina, mañana es necesario levantarse más temprano, iremos a la ciudad: hay visitas a pagar, compras que hacer, y después iremos a comer a casa de la señora.
Por este nombre se designaba a Da. María das Neves. La criada, ama de llaves, también recibió orden de poner el almuerzo temprano en la mesa; el cochero supo que tenía que aparejar el coche para el otro día, y cada uno al corriente ya del acontecimiento del día siguiente, se retiró a descansar.
Los dueños de la casa, preocupados del grave negocio a que iban a contraer su atención.
Los jóvenes soñando cada cual con su quimera favorita.... ¡Juventud! ¡Cuánto eres ciega, imprevisora, generosa! ¡Cómo confías en mañana y en ti propia! ¡Ah! ¡qué malvados son los que deshojan la hermosa flor de tus esperanzas, los que se burlan de tus inocentes exageraciones, los que traicionan tu confianza, los que desgarran ante tus ojos el velo de la inexperiencia que te oculta la lepra del vicio que carcome el corazón de las sociedades, y a pretexto de instruirte, inficionan la linfa pura y serena donde desalteras la sed de esas primeras pasiones que conmueven un alma en la mañana de la vida!

¡Maldición a aquellos que no te respetan, juventud! a los que truecan en llanto tu risa, y en dolor tus alegrías!
Esa noche que acababa de transcurrir, era la última noche de alegría, de risa y de serenidad para aquellos jóvenes!
¡El día siguiente se anunciaba por un placer, y entretanto debía concluir por enlutar aquellos inexpertos corazones!
¡Y así es la vida!
¡Y si hubiese una voz arcana, cuyo eco fatídico viniese a revelarnos el porvenir, cuánto seriamos desgraciados.... más de lo que somos!
Si en medio del placer y de las diversiones, oyésemos de repente el eco maldito decirnos:
"¡Vivirás solo 48 horas! ¡Dentro de un mes ese que hoy amas y te ama, estará separado de ti por mil leguas! "
"Madre que acaricias el inocente fruto de tu amor legítimo, prepárate: en cinco días la muerte te arrebatará tu hijo!"
"Poderoso que ruedas en el oro, dentro de un año mendigarás el pan!"
"Tú que hoy lloras, reirás mañana!"
"Tú que hoy ríes, llorarás luego!"

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha
Nuera y suegra

Dos elegantes cupés a la rigurosa inglesa, ruedan sobre la blanda y blanca arena de la playa de Bota-fogo. En el primero van doña Carolina y sus hijas, en el segundo el comendador y su hijo. Los tocados de la familia corresponden a los elegantes equipajes que ostentan.
Una atmósfera límpida y serena, una brisa del mar asaz fresca y los rayos de oro de un sol tropical, animaban las tintas divinas que colorean los ricos paisajes de aquella hermosa tierra.
Un día destinado a hacer visitas de intimidad, y a gastar dinero en las lujosas lonjas de la calle del Oidor, era una brillante promesa de placer, y las hijas de doña Carolina iban alegres, como dos jóvenes mariposas que entran en un vergel lleno de flores. Papá habla dicho que se gaste, mamá había sonreído, y las hermanas habían trocado una mirada de inteligencia.
El pobre Pedro era el menos feliz. Acompañaba su padre en la tarea de una porción de visitas diplomáticas, que solo soportaría con la idea de una última visita para él, la más importante, que era la de la calle del Oidor. Allí le prometió su padre que irían a ver a Desmarais, Walestein y Masset, Silvain y Jugand, etc. etc. De manera que arrostraba heroico el martirio de la seriedad y circunspección de las primeras horas de su jornada.
A las tres de la tarde toda la familia se hallaba reunida en casa de la señora.
Doña María das Neves era una señora como de sesenta y tantos años, extremamente blanca y rosada; había sido rubia, pero pocos cabellos cubrían su frente enteramente calva.
Tenía los ojos verde claro, pequeños, y coronados de cejas gruesas y duras, raras eran las pestañas que ornaban sus párpados, casi siempre medio cerrados, y que bastante avejigados, le daban un mirar torvo y ceñudo; tenía la cara y el labio superior llenos de unos cabellos duros y rojizos; el resto de sus facciones presentaba un tipo grosero, desfigurada como estaba también por una de esas gorduras formidables que son una verdadera plaga.
Doña María das Neves nunca dormía en su cama; vivía el día y la noche reclinada en un inmenso sillón de ruedas, y cuatro esclavas en derredor suyo, no tenían otra ocupación que la de velar de continuo a las necesidades y comodidad de su señora.
Ya moviéndola del sillón, ya rodando este con esfuerzo a donde aquella ordenaba, ya lavándola, peinándola, haciéndole aire, o dándola de beber.

En premio de tan ímprobo trabajo, cuando doña María estaba en sus días de mal humor, las arañaba, las maltrataba y les decía mil improperios.
La comida fue suntuosa, y servida con aquel requinte de delicadeza y buen gusto de una mesa brasilera de buen tono, en que los manjares son siempre escogidos, y en que una multitud de esclavos atentos y vigilantes procuran adivinar ¡el pensamiento de los blancos!...
¡Míseros! menos felices que los perros, ni aun así suelen recibir un elogio o una mirada benévola!
Después del café, los jóvenes corrieron a la sala, los balcones se abrieron, y ellos se entregaron al inocente placer de enseñarse sus dijes y al otro menos inocente de la murmuración. Ninguno de ellos tenía simpatía por la abuela.

Pedro decía a sus hermanas:
-¡Cuándo llegará la hora de volver á Bota-fogo! No estaré satisfecho hasta que no me vea de retorno en nuestro lindo terrado. Esta abuelita tiene una cara de tigre viejo que no es nada de mi gusto.
-Pedro, decía Gabriela,¡no seas loco hermano! mira que es la madre de papá.
-Pobre del tío Juan, respondía Mariquita con un suspiro
-Cállate, continuaba Pedro, no abones por esta gata, hermana Gabriela; es capaz si le viene a las mientes de hacerlas a vosotras monjas y de armarme casamiento con alguna momia de museo sólo porque tenga mil contos de reis.
Dejemos a los jóvenes chancearse con la verdad y pasemos al comedor.
Desde que doña Maria das Neves vio llegar ese día la familia de su hijo, comprendió que doña Carolina quería aprovechar la idea del casamiento por ella iniciada. Conocía bien a su nuera, como esta sabía quien era su suegra. Pero doña Maria se hizo de pencas y la dejó venir.
Doña Carolina que conocía el terreno que pisaba y que sabía que a pícaro debe serse pícaro y medio, fue la primera que rompió el silencio, en cuanto que su marido, que no dejaba de saber con quién se las había, tomaba un semblante de circunstancias y acompañaba con inflexiones de cabeza aprobativas, todos los párrafos del discurso de su mujer, y allá entre dientes, como para ser oído, unos:
-De cierto. Así debe ser. Como que lo merece, etc., etc.
-Mi querida suegra, comenzó doña Carolina, vine hoy a visitarla no sólo por el gusto de pasar el día con Ud., lo que raras veces acontece, principalmente desde que estamos en Bota-fogo, porque ya sabe Ud. la lidia de los esclavos ¡cuál es! esta canalla que lo quita a uno los días de la vida.
Aquí doña Maria pidió su tabaquera, tomó un polvo y principió una larga relación de las desgracias, disgustos, y amarguras de que son causa los negros; palabras todas que tenemos por bien suprimir, pero que tomadas en consideración, demostraban evidentemente que las víctimas de los negros son los blancos, porque no sometiéndose los negros a la esclavitud sino a la fuerza, no tienen suficiente juicio, prudencia, y virtud para hacer el sacrificio de su individualidad, conciencia, afecciones, libertad, familia, etc. etc., y todo eso en provecho de aquel que los oprime, los esclaviza, y les rasga el alma con la dureza de su opresión, y las carnes con la punta acerada de su látigo !!!
¡Justicia de Dios!
Cuando se dobló la hoja sobre este triste capítulo, en que doña Maria lució su elocuencia y lamentó su situación de señora de centenares de esclavos, doña Carolina continuó:
-Yo vine hoy, señora doña Maria, porque ya mis hijos están en una edad, en que es necesario establecerlos. El varón debe ser empleado para el año

que viene; el señor ministro ha prometido que será, bien en alguna de las legaciones o bien si Gabriel quiere colocarlo en algún ministerio.
-Es una sonsera, respondió doña María; Pedro no necesita trabajar ni es bueno que se aparte de su familia para ir a Europa; un ejemplo funesto tenemos de esos mozos que van a Europa, vienen después llenos de arrogancia y soberbia, queriendo saber más que la gente experimentada; en cuanto a empleos de secretaría, también no apruebo, hay allí hijos de mucha gente, la democracia se va generalizando, esta corte ya no es lo que fue! Ah! en tiempo del rey D. Juan Sexto! En fin, Pedrito es rico, se le busca una novia rica como él y dejarlo, que bastante lidia tendrá con la mujer.
-Bien, mi querida suegra, ya veo que es Ud. de nuestras ideas. De las niñas ya se sabe allí lo que conviene, es casarles bien, quiero decir con personas de fortuna.
-De cierto, murmuró el comendador.
Doña María tomó dos o tres polvos seguidos, y dijo:
-Ya hablé ayer, creo que fue con Gabriel a este respecto; vosotros habéis entrado por las modas, yo no, soy antigualla. No quiero bailes, ni óperas, gracias a Dios, me crié encerrada y así hubiera deseado ver mis nietos, en fin; cada uno manda en su casa.
Hubo un paréntesis, en que doña María sorbió más tabaco, doña Carolina, prestó mucha atención al bordado de las puntas de su pañuelo, y el comendador se preocupó seriamente con las puntas de sus botas, que tal vez no halló cortadas con la maestría necesaria.
-Creo, continuó doña María, que vosotros haríais bien en casar a Gabriela con Juan. Es el modo más simple de reunir bajo un mismo nombre toda nuestra fortuna. Gabriel puede ser el tutor de su yerno, la muchacha, tal vez repugne, pero eso no viene al caso; en mi tiempo no se consultaban caprichos de muñecas, yo me casé sin querer a mi marido, lo conocí el día que fuimos a la Iglesia; después de más de dos años es que me resolví a levantar los ojos para mirarlo, pues no lo hallé ni feo, ni bonito, antes le tenía rabia que no amor. Ni creo que el amor sea necesario para casarse, ¡qué amor ni qué sonsera!
-Sí, dijo doña Carolina, si a Ud. le parece que se case Gabriela con mi cuñado Juan, será.
-Tendré en eso mucho gusto. En primer lugar, ella quedará muy rica a la muerte del marido, porque Juan con su enfermedad no hace huesos viejos.... y en segundo lugar, aquella indigna mulata ha de tener lo que merece, porque se figura que sus hijos han de llegar a heredar alguna cosa.
-¿Y Mariquita? preguntó el comendador ¿qué le parece a Ud. Madre?
-Más adelante veremos; conviene ahora dar destino a Pedro y a Gabriela, son los mayores. Para Pedro, hay la hija de mi primo Alejandro, que está en San Pablo, dicen que anda media enamorada de un teniente que allí está, pero ya el padre me ha escrito; justamente hoy de mañana recibí la carta, y me pide que la coloque en la familia, porque el tal pretendiente sólo tiene el sueldo.
-¡Qué ocurrencia, exclamó doña Carolina, haber gente que se permita tener afecciones, sin que para eso haya un derecho! quiero decir tener dinero.
-Petulancia ¡qué quieres! la hija de Alejandro tiene cuatrocientos contos de dote, y a la muerte de su padre, la herencia toda, porque es la única hija legítima.
Combinadas la nuera y la suegra, sobre todos los artículos necesarios, y para dar a aquellas determinaciones todo el sello augusto de la irrecusable autoridad de familia, se llamó a los jóvenes: y su abuela dirigiéndose a Pedro después del competente exordio, le anunció su próxima partida para San Paulo.
Pedro se inclinó en silencio, pálido y alterado el rostro, como el de un hombre que sufre el primer contraste en su vida,

y como una alma que siente el primer dolor de un presentimiento de desgracia. Después, la abuela se dirigió a Gabriela, haciéndole mil elogios, enumerando un largo catálogo de lo que le tocaba en suerte, sobre alhajas, esclavos, etc. etc. y el párrafo final fue el anuncio de su casamiento con su tío D. Juan ¡el loco!
A ese anuncio fatal Gabriela se puso en pie, abrió los ojos espantada, se puso pálida como la muerte, y después de un momento de silencio en que su cuerpo temblaba, como el vástago de una tierna planta sacudido por el huracán, dijo con voz firme:
- Antes seré monja que casarme con mi tío.
Muchas reflexiones se le hicieron, y muy brillantes fueron las promesas. Gabriela oyó todo en silencio. Como todos los caracteres resueltos, usaba pocas palabras. Creía que había contestado, y reunía sus fuerzas para la lucha.

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Revelaciones.

La tranquilidad y la alegría, emigraron de la casa del comendador; los semblantes de los jóvenes estaban pálidos y abatidos. Doña Carolina había tomado una actitud severa, como de quien entendía que se haría obedecer. El comendador procuraba también poner mala cara, y solo lo conseguía a medias, porque era su fisonomía chuzca y menudita, cosas que poco se prestan a interpretar papeles de tirano.
Después de la visita a la señora, nadie movió la conversación sobre lo que allí había pasado. Los mismos jóvenes entre sí no se habían animado a dirigirse la palabra, y particularmente Gabriela cuyo rostro pálido y ojos abatidos, mostraban claramente que había llegado para ella la hora del sufrimiento.
Vino el último baile del Casino a sacarlos de esa general apatía. La estación del calor aumentaba las familias se retiraban a los Ingenios, SS. MM mismas se preparaban a dejar la quinta imperial de S. Cristóbal, por su pintoresca residencia en Petrópolis. El comendador y su señora juzgaron prudente no retirarse de pronto, ni romper de golpe con sus habitudes de elegancia y de lujo. Era además la última reunión en que aparecían SS. MM., y sabida es la afección general que se les tributa; por eso fue decidido que se asistiría al baile en cuestión. Además de que, independiente de todos estos motivos ya mencionados, existía aun otro de no poca influencia, y era este la presencia de los dijes comprados el día de la malhada visita a la señora, por eso no podía desperdiciarse la ocasión de lucir tanto adorno y atavío. Vino aquella noticia a reanimar un poco a nuestros pobres amigos.... ¡la esperanza renació en sus corazones -es tan fácil consolarse en esa edad! ¡es tan fácil entregarse a las más dulces ilusiones! ¡Cómo desconfiar de un mundo que no se conoce!
Pedro y Mariquita saltaron, rieron, chancearon, su índole los arrastraba! les había costado tanto la seriedad de esos días, que ahora se entregaban con el mayor abandono a la promesa de placer que tenían en perspectiva.
En cuanto a Gabriela, esa había tenido que encerrarse en su cuarto para ocultar la extraña perturbación que la agitaba.....¿y por qué? Dirán nuestros lectores... ¡Ah! Gabriela amaba... ella no lo sabía, porque se ignoraba sí misma, pero el sufrimiento de esos días, ese horrendo casamiento de su juventud y lozanía con la vejez y la locura de su desventurado tío,¡habían enseñado a Gabriela muchas cosas!... ¡No era solo el pensamiento de tan desproporcionada unión lo que la atormentaba... pero es,

que entre su tío y ella se colocaba la imagen de un mancebo, en cuyos ojos había un reproche y una lágrima pronta a correr!

En ese torbellino de bailes y fiestas, había Gabriela encontrado un joven, cuyo nombre y procedencia ignoraba, sus miradas se cruzaron algunas veces, ella se avergonzaba, y él empalidecía y la contemplaba de lejos. El amor verdadero es tímido, y esa valsa de que Mariquita habló a Gabriela una vez, era la primera que había bailado con *él;* porque *él* había trepidado mucho tiempo en acercarse a ella, y para eso principió por buscar la ocasión de ser su *vis a vis* en las cuadrillas que ella bailaba. Por fin se decidió a pedirle un vals; cuando ella colocó su brazo sobre el de *él,* cuando aislados del resto de esa dorada muchedumbre que los rodeaba, se sintieron solos, ¡los pobres enamorados enmudecieron!

En los primeros días de la juventud, no hay negocio más serio que *el amor*... Sí, antes que la prostitución lo degrade, antes que el vicio lo desfigure, antes que el aliento impuro del mundo lo agoste, es el amor una planta aromática y hermosa que nace espontánea en el corazón.

Gabriela y su caballero temblaban a cual mejor, con todo, ese pudor que luchaba contra lo positivo de la emoción moral, tuvo un momento de tregua… el joven pasó su brazo alrededor del talle de Gabriela, una ligera presión la acercó a él y la necesidad de protegerla contra el torbellino de raudas parejas que les disputaban el paso, hizo que sus brazos se entrelazasen con más firmeza, y que un momento, uno solo, se estrechasen en un verdadero abrazo, abrazo ese en que sus corazones latieran a la par, y que ellos sintieron sus latidos, en que sus ojos se encontraron y¡ todo quedó dicho entre ellos!

Por eso Gabriela se había vuelto más melancólica y silenciosa. Así, cuando de noche se paseaba solitaria en el terrado de su casa, era para repasar en su mente todos esos recuerdos de su primero e inocente amor; ¡las primeras miradas del joven, y así gradualmente hasta la valsa!

A veces en el silencio de la noche llegaba hasta la quinta del comendador una melodía lejana de flauta, tocando algún tema de Bellini o Donizetti, y una vez, los acordes de una guitarra se habían oído como al pie de la misma colina. Una voz pura y armoniosa de barítono, había cantado alguna de esas canciones populares del Brasil, cuya música es tan sentida.

La gente de la quinta poca atención prestaba, pero en el corazón de Gabriela había una voz arcana que le decía *es él.* Ahora que ella sufría y que tan negro porvenir la amenazaba, su alma entera volaba a refugiarse en el alma de aquel que ella tomaba por su protector y amparo.

Al entrar en los salones del casino, de pie en la puerta de la primera sala estaba *él.* Gabriela lo vio y se saludaron con una ligera inclinación de cabeza.

Más animoso que hasta allí nuestro desconocido amador, bailó y paseó con Gabriela toda la noche.

El comendador y doña Carolina estaban furiosos, pero notable inconveniencia hubiera, sido demostrarlo allí.

Alarmada la señora hasta lo sumo, envió su marido que averiguase quién era aquel perillán, cuya fisonomía no le era desconocida.

Corrió el comendador a los informes, y volvió a decir a su legítima señora y dueña que aquel mozo no era otro que un simple estudiante de medicina, hijo de un antiguo oficial de marina, pobre, aunque de noble prosapia, y que se llama Ernesto de Souza.

La convicción de que no era plebeyo, sosegó un poco a doña Carolina, con todo que ya anteveía en aquel *atrevido,* como ella le llamaba, un obstáculo a sus miras.

Entretanto, nuestros enamorados imprudentes como todos los enamorados lo son, no veían ni oían a nadie sino a sí mismos, mucho tiempo habían callado y ahora se desquitaban; con todo, no piensen nuestros lectores que hablaban de amor, lejos de eso su conversación era inocentísima. Había principiado por la música. Verdi, Donizzeti y Bellini, fueron los cómplices de los dos amantes. En esa revista lírica de las obras de los tres maestros, era remarcable la simpatía de sus gustos. Hablando sobre música, ella confesó que cantaba y tocaba el piano, y él dijo que tocaba la flauta y cantaba acompañándose en la guitarra. Gabriela se puso encarnada, porque so acordó del cantor nocturno y del tocador de flauta. Malo es principiar el capítulo de las confesiones, porque si ella dijo que le agradaba oír música de noche y en el campo, él se felicitó por eso, cierto de que ella debía de haber oído Una melodía de flauta, y tal canción acompañada por la guitarra. Naturalmente se le preguntó si vivía en Bota-fogo; contestó que no, pero que se iba allí a menudo a casa de un amigo... para algo deben servir los amigos! y además hubo un suspiro medio reprimido. Siguió un paréntesis, y se reató la conversación lamentando que fuese el último baile de la estación y un

- ¿Cuándo tendré otra vez la dicha de ver a Vd.?

A esa pregunta recordó Gabriela todo cuanto había olvidado desde la víspera, su respiración se oprimió, su voz quedó presa en la garganta y sintió que si no se sobreponía a su emoción iba a dar un escándalo; la pobre joven se apoyó fuertemente en el brazo de su compañero, y solo tuvo fuerzas para decirle:

- Creo que será la última vez que nos veamos Señor.

A su vez el enamorado mancebo, sintió que toda la sangre se le agolpaba al corazón, y devorando su compañera con una mirada de acerba inquietud donde se pintaba su agitación, le dijo en voz muy baja:

- Señora, por Dios, una explicación… una palabra… ese misterio...
- Soy muy desgraciada, señor!
- Y yo lo soy menos?....
- Ambos somos infelices!
- Ambos, repitió él!...

Enmudecieron de nuevo, y entonces él dominando su emoción volvió a tomar la palabra:

- Señora: yo la amo a usted; tengo un derecho a exigir su confianza… explíqueme usted sus primeras palabras.
- Ah! señor, son secretos horribles... no puedo!
- Deberé dirigirme a su padre de usted para obtener una explicación?
- Oh! no… quieren casarme con otro, y ese otro...

-Gabriela, le dijo Pedro acercándose a ella, es hora de retirarnos.

Ernesto la acompañó hasta la puerta del toillette, donde las otras señoras tomaban sus manteletas, y *sorties des bals* hizo un profundo saludo en silencio y se retiró con el infierno en el corazón y la placidez en el rostro que todo hombre bien educado guarda delante de los otros.

La familia del comendador subió en su coche y tomó el camino de Bota-fogo. A su llegada a la quinta las esclavas prepararon los baños, y después de esa importante y nunca interrumpida habitud de familia, se anunció el té. Eran las dos de la mañana.

El placer de esa noche quedó en el casino; los semblantes estaban preocupados; la mesa fue silenciosa

Al retirarse a sus aposentos, doña Carolina acompañó al suyo a Gabriela, entró con ella y cerró la puerta. La pobre joven sintió como una saeta que le atravesaba el corazón. Doña Carolina se sentó y la mandó sentar a su lado. Mujer de pasiones impetuosas e irracional, creía que su título de madre le daba un predominio que el mismo

Dios no tiene sobre el corazón de sus criaturas, a quienes ha hecho *libres.*
- Hija mía- dijo doña Carolina, contrastando su tono severo y duro con ese nombre tan dulce de hija. Esta noche me ha sorprendido tu indiscreción y atrevimiento; te has comprometido como no lo haría una mujer de la ínfima clase.
- ¡Dios mió!¡ y qué he hecho yo para perderme así!
- ¿Lo que has hecho? ¡Imprudente! y ese *atrevido,* ese infame que ha bailado toda la noche contigo, ¿con quien has paseado constantemente?
- ¡Ah! mamá.... ese joven parece tan bueno!
- ¿Con que lo amas?...
- ¡Perdón! exclamó Gabriela arrojándose los pies de su madre, ¡lo amo, sí, mamá!
- Levántate, dijo doña Carolina, y óyeme. Gabriela se sentó.
- Ese amor no es otra cosa que la insensatez propia de tu edad; ese *atrevido mozo* ha de ser uno de tantos que solo aspiran a reírse de las necias como tú...
- No, no, dijo Gabriela con fuerza, ¡usted no lo conoce mamá!
- ¡Lo conoces tú sin duda! Veamos, ¿cuánto tiempo hace que dura esta quimera? ¿Cómo se llama? ¿Qué posición tiene en el mundo? ¿Sabes todo eso?
- Yo no amo su nombre ni su posición: lo amo a él, respondió Gabriela con una desesperante ingenuidad para su madre, cuyo materialismo no le permitía remontarse hasta esa esfera de noble espiritualismo en que giraban los pensamientos y afecciones de su hija.
- Eres una fatua, dijo por fin la *noble matrona.* No mereces ni aún que yo tome el trabajo de pulverizar tus desatinos... sólo te prevengo que no creas imponerme tú la ley; lo que tu familia ha dispuesto ha de cumplirse, te lo prevengo para tu gobierno.
- Mamá, respondió Gabriela, el día que madre abuela me anunció la determinación de casarme con tío Juan, ya respondí conforme a mis íntimas convicciones.
- ¿Eso quiere decir que resistes y que te preparas a rebelarte contra tu familia?
- Mamá, sería un sacrilegio delante de Dios y de los hombres, que yo me uniese al pobre demente que no sabe lo que hace.... y ese sacrilegio yo no lo haré…
- ¡Tú! ¡harás lo que te manden! prorrumpió doña Carolina, midiéndola de pies a cabeza con una cólera indecible.
Gabriela se cubrió el rostro con ambas manos, y sollozando decía:
- ¡Piedad, mamá!¡ piedad para tu hija! ¡….piedad para mi juventud que quieren marchitar para siempre haciendo mi desgracia eterna!....
- ¡Pero esta muchacha está loca! ¿Con que casarte con tu tío, y poseer por ese casamiento una de las fortunas más pingües de esta corte, es querer tu desgracia? Mal sabes tú que solo el dinero da una posición social segura y verdadera felicidad, lo demás es fugaz y transitorio. Cálmate, Gabriela, lo que anhelamos todos es que seas feliz...
La sabia madre se retiró; pero los primeros albores del día encontraron a Gabriela sentada aún; y llorando como su madre la dejara. Con todo, Gabriela no había llorado sola! Si el corazón de su madre había permanecido sordo y cerrado a su dolor, en cambio, Alina, su mucama, la pobre negra esclava que presentía un misterio en la vida de su ama, y un dolor, espió la salida de doña Carolina para correr a los pies de su ama y acurrucarse a su lado, acompañándola en silencio a un llanto cuya causa no comprendía, pero de cuyo dolor la hacía participar la ternura que consagraba a Gabriela!
Por eso cuando esta levantó sus ojos a las primeras luces del día, el primer objeto que divisó fue el rostro de Alina

¡bañado en lágrimas! que la contemplaba en silencio!

La familia del Comendador
Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Ernesto de Souza

Ya que descortinamos el misterio que dominaba el corazón de Gabriela, vamos a conocer ese joven que también la ama; y que hemos entrevisto entre el tumulto de un baile, sin siquiera haber tenido tiempo de examinar sus facciones… ¿Cómo ha de interesar un héroe que ni aun se sabe si es alto o bajo, gordo o delgado, rubio o moreno? Y es preciso también, además de un retrato, el conocimiento moral del individuo. Veamos pues de satisfacer todas estas exigencias del romance.
Ernesto de Souza contaba veinte y cuatro años y era estudiante del sexto año de medicina.
Como personal era ciertamente lo que se llama un buen mozo: hijo de un marino portugués de noble raza. Ernesto tenía todo el tipo aristócrata y excepcional de la nobleza portuguesa. Alto y bien formado, además de la irreprochable regularidad de sus facciones; en su frente había como una aureola de inteligencia, de firmeza y de virtud: sus ojos, grandes y negros, medio cerrados por sus largas pestañas, tenían una expresión dulce a la vez que altiva, eso era según los sentimientos que expresaban. Sus labios eran punzoes, sus dientes excesivamente blancos, y su rostro oval; no tenía barba, pero sí unos negros y sedosos bigotes que en armonía con sus cabellos negros también y rizados, realzaban el conjunto de los trazos mas característicos de su fisonomía. Después de estas ventajas todas, agréguese que se vestía con una elegante simplicidad que lo convenía perfectamente, y ya tendrán nuestras lectoras una idea de que la pobre Gabriela no había podido evitar que su corazón fuese avasallado y conquistado por el apasionado mancebo. Si es verdad que el amor entra por los ojos, nada más apropósito para inspirarlo que la belleza, es verdad que suele decirse que "la belleza está en los ojos de quien ama," y si así no fuese, pobres feos y feas. No deja de ser una fortuna que el gusto por la verdadera belleza sea solo instintivo, y que haya criaturas que enteramente no poseen ese instinto. Son los dotes físicos casi siempre los que obtienen la primera ventaja, y desgraciadamente la inteligencia y la virtud, aunque más seguros en su predominio, nunca obtienen esas victorias fugaces sí, pero brillantes de la belleza!
Bien, ya hemos visto y conocemos el individuo, pasemos a analizar el hombre moral. Veamos si él presenta garantías al porvenir, y si más feliz que otras mujeres, Gabriela, ha encontrado lo que es tan difícil de encontrarse. La hermosura y la virtud reunidas.
En vez de hacer una anatomía importuna del alma de nuestro héroe, preferimos convidar al lector a que siga nuestros pasos; a que entre sin hacer reparo en casa de Ernesto, y así veremos su modo de vivir, sus habitudes, el régimen interior de su casa, es uno de los medios casi infalibles de llegar al conocimiento moral de los individuos, como que el hombre imprime su carácter a todos los objetos que lo rodean, y como que el sentir y modo de ser de los otros se revela en su casa y hasta en la disposición en que coloca sus trastos: hemos llegado a convencernos, que es un estudio más seguro que el de la fisonomía. Vamos pues, a camino: Hay un paraje delicioso y pintoresco en el Janeiro, que se llama “O Saco de Alferes”, viene esto a ser un valle estrecho entre dos montañas, o más propiamente el corte que han practicado en una montaña, sirviendo a acortar el

camino y facilitar el tránsito a la playa de San Cristóbal, pues el camino real o "El alterrado" como le llaman, alejaría mucho a los pobres que viven en la playa y que no pueden pagar un ómnibus.

Antes de entrar al Saco en un vasto campo que allí se extiende y casi a orilla del mar, tenemos una bonita y espaciosa casa, con su jardín inglés en el frente, sus ventanas cerradas con persianas verdes; si una de esas persianas se abre, veremos ondular con la brisa, los pliegues vaporosos de un blanca cortina de muselina; entremos lector; ved, qué simetría tan perfecta hay en esas calles de blanca arena, ornada de las flores tropicales, qué aroma suave nos envuelve. Cuánto debe ser dulce y tranquila la vida pasada en un albergue de esos! Debajo de un cielo tan sereno, respirando el perfume de mil flores, y pudiendo reposar los ojos en esos paisajes de eterna verdura, en esas magníficas creaciones del supremo Arquitecto del Universo como diría un francmasón!

En casa de Ernesto de Souza, no encontraremos los lujosos muebles de caoba y jacarandá de la quinta del comendador, ni las porcelanas, cuadros, y adornos de lujo: el adorno de la habitación del saco de Alferes es severo, de buen gusto sí, y más aún, él era el recuerdo y la herencia de algunas generaciones. Daremos algunas breves explicaciones.

Don Egas de Souza, era un noble hidalgo portugués, por su desdicha el menor de su familia; quisieron dedicarlo al claustro; pero él huyó a España, se batió contra Napoleón, y por fin vino al Brasil a militar bajo su bandera patria, poniéndose al servicio del príncipe regente Don Juan VI. Cuando la familia real de Portugal regresó a Europa, don Egas quedó al servicio del príncipe regente don Pedro IV de Portugal, y primer Emperador del Brasil.

Cuando después declarada la independencia del imperio brasilero, don Pedro dio licencia a varios oficiales de la armada para tomar el mando de buques mercantes, don Egas encontró un negociante amigo suyo que lo habilitó con un buque y cargamento para la Costa de África; allá podría haber comerciado como tantos en el tráfico de la esclavatura, mas Souza era noble no sólo de raza sino de corazón, por eso prefirió el comercio lícito de marfiles y cera, e hizo varios viajes de Benguela a Lisboa. Diferente de otros cuya ambición nada es suficiente a saciar, don Egas apenas reunió la suma que había calculado, tomó en Lisboa diferentes muebles y retratos que su hermano mayor le otorgó y vino a establecerse al Janeiro.

Don Egas amaba y era amado, llegó, se casó y fruto de esa unión era Ernesto. Veamos pues su casa. La sala de visitas estaba ornada con esos trastes antiquísimos que ya contaban tres generaciones, había allí algunos retratos de los Souzas vestidos unos de cortesanos y otros de caballeros, había también el retrato de la madre de Don Egas que ella le legara en su testamento. Seguía después otra sala, reunión habitual de la familia, adornada más a la moderna, en cuyo centro una grande mesa de mármol negro, sustentaba un exquisito trabajo en marfil, copia del buque en que don Egas ganara esa modesta fortuna que le daba el pan de su vejez.

No faltaban pieles raras y muchos muebles, trabajo de tapicería ejecutado por doña María de Souza madre de Ernesto. No abriremos la puerta de la alcoba en que don Egas y doña María han vivido juntos hace veinte y cinco años, templo de amor honesto y envidiable, velado por el misterio.

He aquí el cuarto de Ernesto. Hay una alcoba modesta, limpia y arreglada como la de una virgen, contigua a esa pieza hay un gabinete de vestir, y

después una salita, con ventanas a la mar; lo más remarcable allí son dos librerías de caoba cerradas por vidrieras; no has más romance entre esos libros todos, que el de Pablo y Virginia, los demás son diccionarios de idiomas, libros de facultad, el Evangelio, viajes, filosofía, etc. Ni un libro siquiera, ni una grabura que pudiera hacer enrojecer la frente de una doncella.

Los retratos de Egas y doña María, presidían el recinto del estudioso joven; una flauta y una guitarra encima de una mesa, acusan el trovador de Bota-fogo. En otro rincón hay una escopeta de caza, fábrica inglesa de patente, algunos vasos con flores, un escritorio, etc. Y si usando de nuestro privilegio de espías, abriésemos cualquiera de los cajones, ya a la vista, ya secretos de ese escritorio, no hallaríamos ni un billete, ni una flor, ni recuerdo alguno que traicionase las aventuras amatorias del estudiante…

El aseo, el orden, la tranquilidad de aquella casa, eran el símbolo de la pureza y de la serenidad del alma de sus moradores.

Para completar el cuadro, leeremos en la cara lustrosa y risueña de los esclavos, que son tratados como hijos por sus señores.

Así es que ya sabemos lo que Gabriela tiene que esperar del amor de un joven, cuyo único amigo hasta allí ha sido su padre: que no ha tenido ni desbarros, ni amores, ni aventuras, y que la ama con la misma sinceridad que ella a él, porque es su primera afección.

Decir cómo se pasaban allí los días y las noches, no podríamos; eran felices, lo sentían así, no hacían vida de ermitaños, ni tampoco vivían en la disipación del mundo, era una de esas raras familias cuyo tipo se pierde de día en día.

No eran preocupados con su hidalguía, y del modo único porque se traducía su orgullo, era en el respeto profundo que tenían por su nombre, y por la extrema dignidad de sus acciones. No eran ricos como se ve, ni pobres, pero nadie entraba sin emoción en aquella sala, página arrancada a la historia de una nación en las tradiciones de una de sus primeras familias: nadie encaraba sin respeto aquellos viejos guerreros de las cruzadas y de las guerras de África, ni era posible recostarse en uno de aquellos antiquísimos sillones consagrados por tantos recuerdos históricos. Por eso, los Souzas recibían en su modesta habitación los primeros figurones del imperio, con la misma gracia y desembarazo que si se hallasen en el palacio de sus abuelos.

En su régimen interior doméstico, eran observadas esas costumbres de buen tono, pulidez y delicada galantería que caracteriza la sociedad escogida de todos los países; maneras que no se aprenden sino con la primera educación, y que difícilmente imita el que debe su engrandecimiento puramente a la riqueza.

Así es que prescindiendo de todos los defectos anexos a la humanidad, por lo menos la educación moral, religiosa o inteligente de Ernesto de Souza, era una garantía para Gabriela y para nosotros que ya lo conocemos, supongo que será un amigo simpático cuya historia nos entretendrá en los ratos de ocio.

La familia del Comendador

Novela Original
por
Juana P. Manso de Noronha

Situaciones.

Un mes largo ha corrido desde el último baile del Casino. Muchos acontecimientos han tenido lugar en ese espacio de tiempo; Pedro ha partido para San Pablo, jurando a sus hermanas que en vez de casarse le va a hacer gancho al tal teniente enamorado de su prima; para que ambos se casen, el adiós fue tan doloroso, cuanto podía ser el de hermanos que hasta allí habían

vivido de una misma vida, y que al separarse se sabían desgraciados.
La quinta de Bota-fogo estaba más silenciosa que nunca, un velo denso de tristeza extendía sus pliegues fúnebres sobre todos los rostros.
Doña Carolina seguía con intrepidez sus proyectos sobre Gabriela; se había enviado un propio al ingenio de Macacú para traer el loco: éste había resistido; entonces fue el señor Gabriel das Neves en persona a arrancar al infeliz demente de los brazos de su atribulada familia.
Entre tanto, ya se había encargado el procurador de la casa, que empezase las diligencias para el casamiento; es verdad que se necesitaba mucho dinero, pero eso era lo de menos. El cómo la curia se había manejado en ese negocio no podemos explicarlo a nuestros lectores, desde que se venden los sacramentos, no era difícil...
Ni la madre, ni la hija se dirigían la palabra ; Doña Carolina estaba más imperiosa que de costumbre, Gabriela había enflaquecido visiblemente, una expresión de dolor, se leía en su rostro pálido y abatido, y sus ojos conservaban la huella indeleble del llanto...
Mariquita también estaba llorosa, las rosas de sus frescas mejillas estaban veladas por una leve nube de palidez...
Si olvidada de su pesar, reía con sus mucamas, o paseaba por el terrado, de repente se sentaba pensativa y una lágrima silenciosa deslizaba de sus negras pestañas! pensaba en Gabriela, que permanecía día y noche encerrada en su cuarto, llorando sola, sin tomar alimento. ... se acordaba de Pedro, de su travieso compañero, del tiempo en que todos jugaban y vivían alegres y tranquilos... Conversaba de estas cosas todas con su esclava favorita; después de recordar paso a paso el camino que habían andado hasta allí, después de recordar, escena por escena, de esos cuadros de familia, de esas fiestas de otro tiempo, ambas suspiraban, rozaban, pedían a Dios fervorosamente su protección; ofrecían novenas, mil promesas, de su inocente y sencilla devoción que las consolaba y les hacía más soportable el presente, esperanzadas en esa misteriosa providencia, cuya mediación eficaz vendría a devolverles esos días serenos que ya iban perdidos sobre el océano movedizo de la vida, flores que la mano avara del tiempo había segado y que no volverían jamás, malogrando sus ¡devociones y novenas!
El comendador iba, venia, hablaba, viajaba, hacia en fin todo lo que su mujer decretaba, después de sometido al fallo aprobativo o de reprobación de la *señora*.
¿Y Ernesto? Pobre enamorado, no pensaba en otra cosa que en las misteriosas palabras de Gabriela! La querían casar con otro, y ese otro? ¡Él no sabia quien fuese!
Por un esfuerzo supremo de la voluntad reaccionando contra el impulso vehemente de sus pasiones, asistía Ernesto a su clase y llenaba las horas proscriptas al estudio; pero andaba triste, preocupado; rodaba de noche al pie de la quinta de Bota-fogo; alguna vez, hizo oír los dulces sonidos de su flauta que Gabriela escuchaba de rodillas en el fondo de su aposento... ¡ o entonaba una canción cuyos compases fugitivos llevaba lejos la brisa sin llegar siquiera a los oídos de su querida!
Otras veces Ernesto tomaba su caballo, recorría los alrededores de Bota-fogo, cansado de buscar en vano la imagen que le velaba el misterio y la ausencia, soltaba las riendas a su caballo y él se embebía en sus tristes pensamientos!
Unas veces se perdía en las montañas del Andarahy, otras trepaba a la Tijuca, y sin número de noches pasaba así vagabundo, recogiéndose para casa a los primeros albores del día.
Ernesto gozaba entera libertad en casa de su padre: por eso entraba o salía según su deseo, pero el negro portero que lo había criado desde pequeño y

que había sido el antiguo compañero de los viajes de D. Egas, ese fue el primero a alarmarse de los paseos nocturnos del joven: cuando participó a D. Egas sus temores, el viejo marino se sonrió maliciosamente, lo que tranquilizó completamente al fiel negro, que también se fue para la puerta, imitando la sonrisa de su amo, y tejiendo la paja de los sombreros, industria muy común entre los esclavos del Brasil.

Con todo, este régimen de vida, y la zozobra de su corazón, no tardaron en imprimir el sello del sufrimiento en la pálida frente de nuestro héroe; ligero círculo violeta cercó sus ojos, y el malestar físico general, precursor de la fiebre, vino a alarmar muy de veras, a los moradores del saco do Alférez.

Doña María fue la primera a quien se rebelara por presentimiento el dolor que desgarraba su hijo: entonces los dos viejos se asustaron de veras, y llenos de ansiedad observaron los movimientos de su hijo: y el joven, el primer día que vio los ojos de su madre llenarse involuntariamente de lágrimas, y la frente de su anciano padre pensativa y preocupada, el joven los tomó a ambos por la mano, se sentó en el medio y estrechándolos a su seno les pidió perdón de haberlos afligido, les confesó su amor, su martirio y todo lo que sufría hacía ya un mes por la incerteza en que estaba de la suerte de su amada, y por no poder penetrar el misterio que la rodeaba.

El viejo Souza respiró, Doña María abrazó afectuosamente a su hijo, y se convino que el modo más breve de salir de dudas y de penas, era el pedido oficial de la mano de Gabriela, para el joven Souza.

De modo que D. Egas mandó preparar su carruaje para el día siguiente a medio día; y desde esa noche, sacó su grande uniforme de corte, prendió al pecho de esa casaca todas las cruces y condecoraciones que poseía, no se olvidó su mejor chaleco bordado, su fina camisa de olán, su rico espadín con cabo de turquesas, en fin al verlo subir en el coche, ya se comprendía toda la importancia de su misión.

En cuanto a Ernesto, comió algunos bizcochitos al té, estuvo más alegre, y cuando se retiró a su cuarto, hizo tres o cuatro páginas de malos versos a la dama de sus pensamientos, y se durmió soñando que se casaba de allí á ocho días.

La fugitiva

Esa noche que acababa de transcurrir para Ernesto tan tranquila y esperanzosa, ha sido la más cruel y terrible para Gabriela; esa tarde antecedente había llegado el comendador trayendo su infeliz hermano medio maniatado, único modo de hacerlo entrar en el coche, y de obstar que durante el tránsito huyese y se entrañase en alguna selva impenetrable.

El aspecto de D. Juan espantaba, sus cabellos estaban erizados, su rostro lleno de barba porque hacían como ocho días que no se dejaba afeitar ni lavar, ni vestir; en sus ojos lucían la inquietud y el furor de la demencia.

De balde Da. Carolina con pérfido desvelo lo procuraba acariciar y acercarse a él, porque el loco huía de ella, y gritaba con voz ronca y convulsa: ¡Camila! ¡Camila!

Al instante se mandó buscar el médico de la casa: el facultativo hizo amarrar el enfermo, y a fuerza de ventosas, de sanguijuelas y de sangrías lo dejó en tan perfecta calma que más parecía un cadáver que no un hombre!...

A esto se llamó notable mejoría; el demente exhausto de fuerzas cayó en una especie de idiotismo que el Dr. clasificó de tranquilidad, y los circunstantes tejieron nuevas coronas al sabio discípulo de Hipócrates, y solo por tener el gusto de recibir la vida de

su mano, hubo quien se deseare aunque no fuese mas que una leve indisposición.
Entretanto Gabriela que había oído desde su cuarto la bulla inusitada en la casa, perdió las fuerzas dos veces, felizmente nadie advirtió sus largos desmayos, sólo Alina estaba a su lado, y esa como tenía orden especial de su ama, no llamó a nadie... ¡Qué noche para Gabriela! ¡Imagínenla nuestras lectoras colocándose por un instante en su posición!....
- ¡Ay! ¡Alina (decía la desgraciada) llegó mi tío; la hora de mi suplicio se acerca!
- ¡Señorita, (contestaba Alina llorando) ama de mi corazón! tu esclava rogando a Dios mucho! Dios no oye mi!
- ¡Pobre Alina! ¡…tú al menos tienes compasión de mi!
-¡Sí mi ama, mucha, mucha pena! antes morir tu esclava que tú!
Es necesario tentar un último esfuerzo, se dijo Gabriela y levantándose de su cama donde hacía dos días que la fiebre, y la postración la retenían, se dirigió al cuarto de su madre, así que supo por Alina que la familia estaba ya recogida. Había enflaquecido a tal punto la pobre joven, estaba tan pálida, tan desencajadas sus facciones, que el comendador y su mujer al verla, se sorprendieron un poco, particularmente su padre que era menos malo que las dos matronas a quienes vivía subordinado; en cuanto a la madre, venció ese primer impulso de la naturaleza, su corazón ya estaba endurecido.
Gabriela se arrojó en silencio a sus pies, abrazó sus rodillas y ¡ lloró en silencio! El comendador sintió que su enternecimiento aumentaba y a una seña de su imperiosa dueña se alejó del campo de batalla.
- Qué tienes Gabriela, qué llanto es este, dijo Da. Carolina, con el tono más indiferente que pudo encontrar.
- No, mamá, de aquí no me levantaré sin que retractes tu palabra de ese casamiento que tanto me horroriza.
- Levántate Gabriela, ¡yo te lo mando!
La joven se sentó agitada por un temblor general.
- Mamá, venía a decir a Ud. que me siento morir, y que es imposible este enlace.
- Ya me lo has dicho antes de ahora y yo te contesté también.
- ¡Pero mamá, Ud. no habría consentido jamás en casarse como me quiere casar a mí! Ud. amaba a mi padre y no se enlazó a un demente.
- Yo hice lo que convino a mi familia que hiciese, y nunca tuve el atrevimiento de hacer reflexiones a los mayores; los hijos no tienen voluntad propia, y deben subordinarse a la autoridad de sus padres que son para el hijo la propia imagen de Dios en la tierra!
- ¡Mamá, yo la he respetado a Ud. siempre lo mismo que a mi padre! Yo nunca he faltado al respeto.
- Faltas ahora oponiéndote a las sabias determinaciones nuestras.
- ¡Ah! Si vosotros obráis por inspiración de Dios,¿ por qué el Señor permitió que yo encontrase aquel mancebo en mi camino, que lo amase…? y sobre todo, ¿qué es lo que yo siento aquí dentro de mí misma, que se revela, que protesta tan elocuentemente contra este enlace sacrílego?
- ¡Niña! ¡hablas con tu madre! ¡me tratas de sacrílega!
- Mamá, he hablado del casamiento con mi tío.
- Es inútil que continúe esta entrevista; los papeles ya están prontos, tu tío llegó esta tarde, mañana han de firmar los contratos y pasado mañana te desposarás, que hasta la licencia del obispo está extendida, falta solo la rúbrica de S. S. I.
- ¿De suerte que solo un milagro de la Divina Providencia podría robarme a este mi fatal destino?

- Déjate de niñerías, recuerda los inmensos bienes de que vas a entrar en posesión; si por el estado de salud de tu marido, no puedes frecuentar los bailes y diversiones públicas, es por corto tiempo, mi cuñado el pobre está muy postrado, poco tiempo de vida le resta y después del año de viuda, te hallarás, joven y rica, pudiendo entonces disponer de tu mano como gustes; tú te llamas de infeliz a ti misma porque yo les he dado demasiada libertad, ¡las he criado con excesivo mimo!.... Nada Gabriela es comparable a verse uno al frente de una grande fortuna; la consideración de las gentes, los ricos muebles, las alhajas, las modas, de todo goza uno, la tonta que sacrifica su bien estar a esas quimeras de amor, tarde reconoce su error; los hombres no merecen sacrificios porque el pago que dan siempre es sacrificar por su turno a la que se ha sacrificado por ellos.
Pensarán nuestros lectores que exagerarnos? Acaso es este escepticismo una rareza? No, por el contrario, es a esta doctrina egoísta y corruptora, que muchas madres llaman *abrir* los ojos a sus hijas!
¡Como si no había de llegar el día de las decepciones para ellas, demasiado temprano por desgracia! ¿para qué hacerla sufrir dos veces ?....¿ para qué marchitar sus ilusiones, sus esperanzas? ¿para qué trocar en una negra desconfianza, el deseo generoso de sacrificio, de adhesión que tortura la juventud? Gabriela, después de oír a su madre, solo tiró por conclusión que efectivamente no había esperanza de salvación; entonces se levantó, dio las buenas noches y se retiró. Ya no lloraba, alguna cosa de extraordinario se pasaba en el fondo de su alma.
Alina la esperaba ansiosa, Gabriela le contó en pocas palabras lo que había resultado de la entrevista con su madre y acabó diciéndole: ¡Alina, me voy a huir esta noche!
- Yo también con señorita
- No, tú quedarás hasta después, yo voy a ampararme a un convento...
- ¿Monja mi ama?....
- ¡Sí, monja, si tal es mi destino!... así que se decida de mí, tu huirás!
- ¡Ah! Señorita, de noche sola en la calle… ¡Oh! mío Dios! mió Dios! exclamaba Alina sollozando...

La mayor parte de la noche pasaron llorando las dos: de repente en el silencio se oyó a lo lejos la campana de un convento que llamaban las monjas al coro, y a poco espacio el reloj colocado en el comedor, dio dos campanadas.
- Las dos de la mañana, dijo Gabriela, y acercándose a la ventana, vio que aún era de noche, que las estrellas brillaban todavía en el cielo.... de allí a un momento, la portada de hierro de la quinta rodó sobre sus goznes, los esclavos jornaleros fueron saliendo uno a uno. Gabriela contó el último, abrió la ventana, levantó la vidriera y seguida de Alina bajó la ladera; llegadas a la puerta se arrojaron una en los brazos de la otra, allí no había esclava ni ama, ni blanca ni negra, había dos mujeres afligidas, ¡cuyos corazones nivelaba el dolor y la amistad!
Gabriela echó a andar y Alina de rodillas la siguió con sus manos cruzadas en oración, hasta que sus ojos no distinguieron más las ondulaciones del blanco vestido de su adorada ama, y que la arena amortiguó los pasos de su carrera... entonces Alina se dio contra el suelo, se mordió, tiró sus cabellos, tuvo accesos de desesperación y de cólera, hasta que se calmó un poco, entonces subió la ladera veloz como el gamo, entró en el cuarto de su ama, y se acostó en su rincón, cubriéndose bien la cabeza y revolviendo allá en su mente de qué modo ejecutaría la escena de comedia que tenía que representar esa mañana; nosotros no la detallaremos; seguiremos sí, los pasos de Gabriela, la veremos concluir la playa de Bota-fogo, la calle principal de Catete, el Cáes de la gloria,

la plaza de la Lapa, con ella subiremos la ladera de Santa Teresa y la veremos caer rendida de fatiga al pie de los escalones de la puerta de ese convento, colocado en situación tan pintoresca como un sepulcro en medio de un vergel de lozanas flores.

La blanca luz del alba luchaba aún con las últimas sombras de la noche…Un murmullo sordo y lejano anunciaba que la villa imperial se despertaba, en sus calles rodaban ya los carros del tráfico, el colono europeo entonaba la canción patria, vínculo que lo guiaba a los recuerdos de su hogar, el negro tocaba en su malinba el sentido londú de su país adoptivo, y las campanas de las iglesias llamaban la misa matinal…
Gabriela entró en la portería, su mano trémula sacudió el cordón de la campanilla, y el torno se abrió.
- ¿Quién está ahí, preguntó una voz nasal, bastante cascada.
- ¡Soy yo, madre!
- ¿Qué quiere?
- Entrar adentro del convento.
- ¿Ya habló con el capellán?...¿No tiene padre o madre?... ¿Es menor de edad?
Un frío más glacial que la muerte heló el corazón de Gabriela que por una súbita revelación conoció que estaba colocada entre dos abismos… un vértigo se apoderó de ella, y cayó sin sentidos al pie del torno.
- Jesús te valga (dijo la voz nasal).
Bulla de pasos que se acercaban, ruido de una puerta que crujía, poco habituada a abrirse, anunció la proximidad de las monjas: algunas cuatro más mozas, cargaron la pobre joven y la recogieron al locutorio, mientras se llamaba al capellán: allí la dejaremos, en medio de aquellos bultos negros que se devanaban en inducciones esperando a que la enferma abriese los ojos para preguntarle mil cosas a la vez; y con el intervalo de algunas horas, a eso de la una de la tarde, poco más o menos, acompañemos el lector a la quinta de Bota-fogo, donde para un coche, elegante y modesto; el paje sube corriendo la ladera, con una tarjeta en la mano, a los diez minutos vuelve, la portezuela del coche se abre, y un caballero en grande uniforme, sube hasta la sala de visitas del Sr. Comendador Gabriel Das Neves.
Ya nuestros lectores han adivinado que este diplomata personaje no era otro que D. Egas de Souza.
En la rápida ojeada que diera al subir, no se le escapó al viejo marino, que algún acontecimiento imprevisto perturbaba a aquella familia, y se estremeció involuntariamente; salió D. Carolina a recibirlo, y después de los saludos generales, y de una conversación trivial de circunstancia, el marino hizo su petición en forma.
Lisonjeada de su alto favor, respondió la señora del comendador que Gabriela había desaparecido esa noche de la casa paterna; que azotada la esclava del servicio especial de la prófuga, nada había confesado, que su marido había salido a explorar pero no había vuelto aún; que de todos modos, si el casamiento proyectado con D. Juan no se verificaba, habían de sepultar en un claustro la que así faltaba el respeto debido a su familia.
Muy pronto estuvo D. Egas de romper en una buena cólera de marinero, pero se contuvo, se despidió previniendo sí a Da. Carolina, que así como ella había resuelto de un modo u otros sacrificar a su hija, él por su parte, había resuelto también hacer la felicidad de su hijo; costase lo que costase que al efecto no ahorraría pasos judiciales ni fatigas de ningún género. Que del altar de ese sacrílego himeneo, sabría arrancarles la víctima; y si reclusa en el claustro, aunque hubiese de incendiarlo, sabría desenterrarla de la tumba adonde la querían hacer bajar viva.
Da. Carolina estupefacta no supo qué responder y D. Egas volvió a subir en su

coche diciendo al cochero: ¡A Santa Teresa!
Si no está allí estará en la Ayuda, dijo consigo mismo; y no volveré a casa sin hablar con la abadesa, capellanes, obispos, y esta pandilla de sotanas, ¡a quien Dios libre por su infinita misericordia de hacerme oposición!... Bueno será ver al defensor de menores, al ministro de justicia… Vive Dios, que o a ellos o a mí nos lleve el diablo de esta vez.

Queda incompleta la publicación en el Álbum de Señoritas porque se suspende la edición.